



# PATRIMONIO ARQUITECTÓNICO DEL VALLE DEL ABURRÁ

Final del siglo XIX y principio del siglo XX

JAIME OSORIO GÓMEZ

CENTRO DE ESTUDIOS  
CIUDAD DE MEDELLÍN ITM

INSTITUTO TECNOLÓGICO METROPOLITANO  
Institución Universitaria

RECTOR  
José Marduk Sánchez Castañeda

PATRIMONIO ARQUITECTÓNICO DEL VALLE DELABURRÁ  
Final del siglo XIX y principio del siglo XX.  
JAIME OSORIO GÓMEZ

© Instituto Tecnológico Metropolitano  
© Jaime Osorio Gómez

1ª Edición, noviembre de 2008

Serie ESPECIAL  
RECTORÍA ITM

ISBN: 978-XXX-XX-XX-X

**DIRECCIÓN EDITORIAL**  
Jairo Osorio Gómez  
Fondo Editorial ITM

**INVESTIGACIÓN**  
Jaime Osorio Gómez  
Fotógrafo Investigador

**ASESORES**  
Álvaro Sierra Jones /Arquitecto Fundación Ferrocarril de Antioquia  
Pilar Mejía Vallejo /Arquitecta Universidad Nacional  
Ana Agudelo de Marín /Editora e investigadora ITM

**COLABORADORES**  
Jacqueline García Chaverra /Archivo Fotográfico Biblioteca Pública Piloto  
Carlos Julio Atehortúa Sánchez /Historiador  
Miguel Escobar Calle /Investigador  
Gabriel Carvajal Pérez /Fotógrafo  
Juliana Arango Velásquez /Asistente Archivo

**FOTOGRAFÍAS**  
Gonzalo Santamaría  
Guillermo Santamaría  
María Helena Osorio  
Santiago Osorio  
Jaime Osorio  
Archivo Fotográfico Biblioteca Pública Piloto  
Foto Rodríguez  
Benjamín de la Calle  
Pastor Restrepo  
Paulo E. Restrepo  
Jorge Obando  
Manuel A. Lalinde  
Hermann Openheimer  
Gonzalo Escovar  
Gabriel Carvajal

**FOTOGRAFÍA DE CARÁTULA**  
Foto Rodríguez. Parque Berrío, Medellín. 1898. Archivo BPP.

**AGRADECIMIENTOS**  
Gloria Inés Palomino Londoño /Directora Biblioteca Pública Piloto de Medellín  
José Marduk Sánchez Castañeda /Rector ITM

**DISEÑO Y MONTAJE E IMPRESIÓN**  
Editorial Artes y Letras Ltda.

Printed in Medellín, Colombia

Instituto Tecnológico Metropolitano  
Calle 73 No. 76 A - 354  
Tel. (574) 440 5160  
Fax (574) 4405101  
www.itm.edu.co  
Medellín, Colombia

**A**l hombre que cabalga largamente por tierras agrestes le asalta el deseo de una ciudad.

Italo Calvino

**E**n Medellín hay una total insensibilidad con el medio geográfico. [...] Lo más delicioso que tienen las ciudades son sus ríos, sus quebradas y su pie de monte, pero aquí el urbanismo no los ha tenido en cuenta, porque es un urbanismo atropellador, especulativo, que quiere ganar hasta el mínimo centavo por metro cuadrado. Hoy, las ciudades están al servicio, no de la gente, sino de los comerciantes.

Rogelio Salmona (2006)

Protegido por derechos de autor

Protegido por derechos de autor

El Centro de Estudios Ciudad de Medellín es un proyecto del ITM que tiene como finalidad la producción, discusión, divulgación y socialización del conocimiento sobre la ciudad, para propiciar acciones que contribuyan a su desarrollo integral.

El grupo de investigación está comprometido con el desarrollo de la línea de investigación en Ciencia, Tecnología y Sociedad. Produce, divulga, socializa y aplica conocimiento coyuntural y estratégico sobre Medellín. Con sus aportes, pretende construir una imagen verosímil de la ciudad y de las potencialidades del crecimiento de su entorno regional. Sus resultados proyectan la imagen de excelencia académica del ITM.

¿Por qué los antioqueños son tan miserables con la memoria de sus mejores hombres y sus obras superiores? Es una pregunta franca a la que alguna vez tendrán que doblarle el lomo.

Desde el hallazgo del Sitio de Aná, a mediados del siglo XVI, se desarrolló en este valle un poblado que se extendió desde la plaza incipiente del caserío (entre las quebradas Santa Elena y La Palencia), hacia el sur y el norte, y el oriente del río Medellín<sup>1</sup>, y hoy son pocos los vestigios que hablan de aquella expansión.

A mediados del siglo XVIII, con la llegada de europeos de origen sueco a la meseta de Santa Rosa de Osos, se aceleró el crecimiento del caserío, hasta llegar a ser la ciudad de Medellín. Entre 1800 y 1845, esta villa llegó a ser “la más próspera, rica, grande y poblada de toda la gobernación de Antioquia”, anotan sus historiadores<sup>2</sup>.

El comienzo de su desarrollo, propiciado por extranjeros, se dio por los años de 1830, cuando se montó el primer taller para la fabricación de molinos de pisones para triturar el mineral extraído de la tierra y se aprendió el manejo de la madera, de las aguas, el trazado de rieles y cables, el empleo de la pólvora, y la utilización de los hornos. Fue un avance de las técnicas manuales.

Esos momentos estelares de una cultura no se dieron por generación espontánea; estuvieron marcados por la influencia de ciertos grupos familiares que propiciaron el ambiente para esa creatividad. Además de ebanistas, albañiles, forjadores, zapateros, herreros, litógrafos, surgieron, entonces, pintores, escultores, políticos, poetas, soñadores... que hicieron de Antioquia un terreno fértil para la producción y los destinos espirituales de la región<sup>3</sup>.

<sup>1</sup> Ya en 2 de noviembre de 1675, se confirmó el Sitio de Aná como la Villa de la Candelaria de Medellín, en virtud de la real cédula de 1674.

<sup>2</sup> Roberto Luis Jaramillo, entre ellos.

<sup>3</sup> Jairo Osorio. *Niquitao, una geografía de cruces*. Medellín: ITM, 2000

A principios de la década de 1860, los pobladores más acaudalados enviaron sus hijos a estudiar al viejo Continente y su influjo no tardó en manifestarse en la visión nueva de la sociedad local. Cuando regresaron, aquellos graduandos pusieron su experiencia europea al servicio de la Antioquia del siglo XIX. Por ejemplo, Vicente Restrepo estudió Metalurgia y creó el primer taller de fundición y el primer gabinete fotográfico “Wills y Restrepo”, con la tarjeta de visita creada por Disderi, en Francia. Don Juan Lalinde se ocupó de la minería, fundó y dirigió la Escuela de Artes y Oficios, en donde se dictaron las cátedras de Perspectiva, Geometría Descriptiva y Ornato. Su gran aporte lo realizó en el campo de la arquitectura, al orientar las primeras construcciones de corte neoclásico en Medellín, como la casa del doctor Manuel Uribe Ángel, y la casa de don Pastor Restrepo, en el Parque de Bolívar<sup>4</sup>.

Se puede afirmar que la producción de las artes del siglo XIX en Antioquia (arquitectura, pintura, escultura, literatura, grabado, música y fotografía), surgió de los talleres y grupos de intelectuales que generaron los primeros movimientos renovadores entre nosotros.

La riqueza arquitectónica de los últimos dos siglos (finales del XIX y principios del XX), empeño de hombres como don Coriolano Amador, Horacio Marino Rodríguez, Alejandro Echavarría y Ricardo Olano, y entidades como la Sociedad de Mejoras Públicas, trazaron con sus proyectos un Medellín ideal que, hasta mediados de la centuria última, conservó los rasgos de una villa republicana. Esto lo que nos señala, con franqueza, es que Medellín tuvo un norte en las reflexiones y preocupaciones urbanísticas, humanas, sociales y artísticas, con algunos de sus hombres y dirigentes públicos más preclaros. La misma contratación de expertos como José Luis Sert y Paul Lester Wiener (1948 – 1952) explicita ese entusiasmo de quienes gobernaron, con su poder o sus ideas modernas, la antigua villa. Los restos del barrio El Prado, o algunas de las casonas de la avenida La Playa, testimonian esa noción de urbanismo que los animó en su vida diaria.

Sólo a partir de 1950, los medellinenses perdieron su rumbo como colectividad, dicen ciertos analistas. Un mal entendido progreso, que devino en la ciudad caótica actual, alejó a urbanistas y constructores de la concepción primigenia de aquellos patronos, de hacer una ciudad amable, acogedora, abierta, pero sobre todo, ambientalmente sana... Ciertamente pública, para decirlo en dos palabras.

¿Qué motivó este cambio de concepto urbanístico? Sus intelectuales tienen múltiples razones para explicarlo, pero una en la que los

---

<sup>4</sup> En 2008 se conserva la residencia, aunque ocupada por un comedero popular (Restaurante La Estancia).

ensayistas coinciden, sí es evidente: La insensibilidad con la memoria común, lo que hizo que el desarrollo material le rindiera culto a la renta de la tierra. En la sociedad antioqueña siempre ha primado el amor al capital, por encima de la devoción a la historia. El respeto a la identidad regional se quedó, en consecuencia, en puros mitos manoseados y caricaturizados, que responden a los intereses ideológicos y políticos de quienes gobiernan en su momento, y en discusiones pueriles de promotores culturales. El aprecio al valor del patrimonio arquitectónico y la recordación colectiva no están incursos en el alma del paisa.

La aplanadora de los constructores, planificadores seudomodernos y dirigentes (la mayoría de ellos, de concepciones estéticas dudosas), dio cuenta en los últimos cincuenta años de la destrucción de ese Medellín del pasado, que en arquitectura aspiró a ser equilibrada, y es lo que el libro *Patrimonio arquitectónico del valle del Aburrá* intenta rescatar con acierto. En la investigación se observa la villa que fue posible gracias a la acción de sus hombres diligentes del siglo XIX y mediados del XX. La capital republicana que fue hermosa y que habría podido serlo más, si no se hubiera atravesado en las generaciones posteriores ese gen perverso que arrasó con la historia de los fundadores.

La información que se obtiene de la investigación iconográfica es útil en la medida en que nos revela datos reales sobre el momento. El análisis iconográfico decodifica la realidad exterior del asunto fotografiado, su fase visible. Las imágenes contribuyen al conocimiento histórico si, conectadas a sus condiciones de producción, reflejan aquello que, de hecho, significan una perspectiva sociocultural, estética e ideológica. Boris Kossoy lo dijo mejor: “Una fotografía es un vestigio”; que cuenta, además, una historia.

Con los riesgos constantes del mundo, la memoria de la humanidad está en juego permanente. Investigaciones como la que auspiciamos, preservan para la sociedad futura el conocimiento de una época vital en el desarrollo de la región. Aprovechando la riqueza de conservación visual de los Archivos Fotográficos de la Biblioteca Pública Piloto de Medellín (que guarda obras desde 1848), y su propio archivo, el autor realiza una tarea que, con exquisitez de fotógrafo, logra recuperar para los antioqueños lo memorable de un patrimonio que hizo de su capital una villa armónica, entonces, para propios y extraños. Ese inventario de su crecimiento urbano y los asentamientos del valle del Aburrá, desde el tiempo decimonónico, se convierten, en estas páginas, en el referente obligado del ciudadano antioqueño del siglo XXI. Cuántos pesares se sufran en este recorrido reflexivo es parte de los yerros que, como colectividad, tenemos que excusar.



Don Coriolano Amador. 1878.  
Tarjeta de visita, archivo investigador.



Don Alejandro Echavarría Misas. 1925 ca.  
Foto: Benjamín de la Calle. Archivo BPP.

Medellín en el siglo XXI no logró ser “un árabe mosaico en la llanura” (como lo quiso un cantor del siglo XIX)<sup>5</sup>, porque desgraciadamente sus estructuras arquitectónicas también tienen algo de las formas poéticas de sus habitantes (parafraseando a Eduardo Mendoza Varela). El libro *Patrimonio arquitectónico del valle del Aburrá*, por fortuna, recupera momentos exclusivos que nos hablan del espíritu de sus hombres “fundacionales”, y que son aquellos pocos que de manera esporádica se recuerdan de tarde en tarde en los salones de la academia.

Medellín no puede decir que tiene lo que, los expertos urbanos, han llamado *la cualidad de la modernidad arquitectónica colombiana: la universalidad, la legitimidad y la autenticidad*<sup>6</sup>. El clima especial del trópico no pareció fundamental en los diseños de las construcciones propias de la ciudad, de atenernos a los híbridos con que la envilecieron los constructores de las últimas décadas. Sin duda: Medellín no tiene una arquitectura propia, excepcional, como se podría decir de una que otra ciudad colombiana, porque sus profesionales se limitaron a diseñar lo que sus clientes tenderos pidieron. Y ya se conoce, por su gusto, que no fue mucho.

A excepción de esos pocos ya mencionados, la configuración del valle del Aburrá no inspiró, en los años pasados, a sus edificadores. No aprovecharon el color de las montañas, el sonido danzarín de las aguas de sus quebradas (por el contrario, rápido las cubrieron, o desviaron, para evitarse reflexiones difíciles y gastos extras), la transparencia de la luz, el clima acogedor y permanente del entorno. La modernidad les llegó tarde y fue mal entendida por casi todos, incluyendo sus literatos. El gusto por las formas del trópico no se impuso en ellos. ¡Cuál ciudad de las flores, si no aprovecharon esa virtud esplendorosa que les dio la geografía, por colocar simulacros de naturaleza con baldosines de orinales en plena avenida central!

El resultado: Una ciudad amable, por su gente, pero no por sus construcciones, y un poco caótica, a la que no puede recorrer desprevenido un peatón, nativo o extranjero, sin el susto de sus trancones y con la comodidad de las urbes modelos del turismo mundial.

<sup>5</sup> Arcesio Escobar: *Medellín 1832 – Alta Mar 1867. Medellín en la poesía*. Compilación: Jaime Jaramillo Escobar. Biblioteca Básica de Medellín, tomo 15. Fondo Editorial ITM, 2006, p. 35

<sup>6</sup> Isabel Llanos y Edison Henao. “Sentido y vigencia de la arquitectura moderna colombiana”. En: *Ciudad y arquitectura moderna en Colombia*. Bogotá: Ministerio de Cultura, septiembre de 2008. Suplemento.

Los abarroteros antioqueños, y sus alarifes, llegaron a la ignominia de derruir un edificio como el que albergaba el Teatro Junín<sup>7</sup> (un referente de ciudad por muchos años, para construirse una torre que a marchas volandas impusieron como el nuevo ícono local), o de trozar sus dos únicos centros históricos, y lugares de encuentro provincial, el parque de Berrío y la plazuela Nutibara, para cruzar por entre ellos el viaducto de un Metro; todo, por el prurito de rentar terrenos aledaños en Prado, Sevilla y la carrera Bolívar (antiguo “camellón del Medio”). ¡Descarados!

Los planes pilotos de Wiener y Sert, que en buen momento quisieron orientar el desarrollo de Medellín, quedaron como documentos de una historia fallida de ciudad. No evolucionaron en mojones históricos, fueron meros propósitos oficiales. El maestro Pedro Nel Gómez (con la ayuda del consejero urbanista austriaco Karl Brunner) fue, quizá, la singularidad, con la planificación del barrio Laureles (1941), cuya retícula de trazados radio céntricos contrarió la tradicional española de cuadros rígidos. No se dio, entonces, en Medellín, aquello que pregonó Le Corbusier en una de las conferencias inaugurales con el público bogotano, durante su primera visita al país (1947): *El Urbanismo como supremo ordenador social*.

El hormigón armado moldeó la ciudad. De verdad, la Medellín de los últimos tiempos no respondió a la relación integral que exigían las necesidades de sus hombres. Creció atolondrada; lo hace todavía.

La urgencia de los espacios públicos para el ciudadano común apenas ahora empieza a ser recuperada. Las carreras con sus andenes generosos para el caminante (Carabobo, por ejemplo), los parques de piso blando para la recreación pasiva (Arví, posiblemente en 2009), las centralidades (¡qué horror de palabra!) con sus dotaciones colectivas abiertas (el sector del Jardín Botánico con el Parque Explora, el Planetario, el Museo Pedro Nel Gómez y el nuevo edificio de Extensión de la Universidad de Antioquia), tal vez llenen un poco ese ideal de metrópoli que no fueron capaces de construir quienes heredaron el legado de don Coriolano, de don Ricardo, de don Alejandro.

La evolución de Medellín no siguió la recomendación natural del emplazamiento de la ciudad a lo largo del río, con lo que se perdieron los antioqueños una ciudad lineal, armónica y bien comunicada, que hubiera aprovechado sus valles vecinos y las sinuosidades de sus laderas. Por el contrario, ignorando la atención de sistemas urbanos colectivos (enfermizos como son los paisas con su vehículo personal),



Don Ricardo Olano, 1948 ca.  
Foto Rodríguez. Archivo BFR.

<sup>7</sup> En su época, el séptimo teatro cubierto más grande del mundo, con 4.500 sillas para espectadores.

se encerró en torno a unas pocas cuadras centrales; pavimentó riachuelos y espejos de agua y giró alrededor de la vida parroquial del parque, que tanto les criticó el poeta León de Greiff:

*“Vano el motivo desta prosa / nada... / Cosas de todo día. / Sucesos banales / gente necia, local y chata y roma / Gran tráfico en el marco de la plaza/ Chismes. Catolicismo. Y una total inopia en los cerebros... /cual si todo se fincara en la riqueza / en menjurjes bursátiles y en un mayor volumen de la panza”<sup>8</sup>.*

En los pocos casos que construyeron de acuerdo con las normas y las recomendaciones de los expertos extranjeros y nacionales, la demanda del mercado –la usura–, terminó por sacrificar ese entorno armonioso que en principio diseñaron los urbanistas. Es el caso del Centro Suramericana de Seguros (en los años setenta), construido sobre la ribera occidental del río, bajo el concepto de jardines integrados a la ciudad, a la manera del paisajismo brasileño. El conjunto inicial, del que sus habitantes se sintieron partícipes, terminó por invadir esos mismos espacios verdes que sus gerentes antiguos prodigaron; ahora son bloques hacinados que oscurecen el ambiente, con lo que se ganan el desprecio de los conciudadanos, que ya no pueden transitar libremente por entre las arboledas perdidas.

Lástima. La insensibilidad a la memoria común hace que Medellín continúe siendo un fervor de invención diaria, casi impracticable. Ciudadanía sin papeles, que lloraba el poeta...

Si vos estás en una esquina  
y ves pasar gente con andar  
rápido al amanecer  
que se detiene por un jugo de naranja  
con huevo crudo para sorber  
si vos estás en la acera  
y el silencio camina bullicioso  
en los tacones de las obreras  
que pasan con paquetes desayunos  
envueltos en plástico de retal  
si vos ves toda esta película  
que se va disolviendo  
a la mitad de la mañana  
no hay duda  
[...] te habrás dado cuenta  
que estás en el corazón de la ciudad<sup>9</sup>.

<sup>7</sup> En su época, el séptimo teatro cubierto más grande del mundo, con 4.500 sillas para espectadores.

<sup>8</sup> *Medellín en la poesía*. Biblioteca Básica de Medellín, 25. Fondo Editorial ITM: 2006, p. 179

<sup>9</sup> Jaime Jaramillo Panesso. *Medellín en la poesía*. Biblioteca Básica de Medellín, 25. Fondo Editorial ITM: 2006, p. 169-170

Con la demolición constante de la ciudad, la mirada de los fotógrafos se convierte en el testimonio exclusivo para estudiar la transformación de su paisaje urbano a lo largo de los siglos. Por eso es tan importante para el Centro de Estudios Ciudad de Medellín del ITM, acoger en su misión, la pesquisa del médico investigador Jaime Osorio y darla a conocer con esta publicación especial de Rectoría. Honor a la urbe soñada, a la que fue, y por la que sus hombres trabajaron: la Medellín de finales del siglo XIX y principios del XX.

*La lluvia es una cosa que sucede sin duda en el pasado, poetizó Borges. Igual podría decirse de esta ciudad, si no comenzamos a luchar por su existencia verdadera: Su memoria.*

José Marduk Sánchez Castañeda  
Rector ITM

Protegido por derechos de autor



Anónimo. Acuarela Medellín, 1860